

SOBRE EL HOSPITAL DE LOS POBRES LEPROSOS EN EL SIGLO XX

Por José María de Montells

Son numerosos los tratadistas que asocian la supervivencia de las órdenes de caballería a su utilidad social en el mundo moderno, equiparando estas con las organizaciones no gubernamentales laicas. Sin simpatizar demasiado con la noción de *solidaridad humana*, que dichas organizaciones han introducido en el lenguaje común hasta contagiar el magisterio de algunos sacerdotes, somos fervientes partidarios de practicar la virtud cristiana de la caridad. Gran parte del enorme prestigio del que goza en nuestro tiempo, la benemérita y Soberana Orden de Malta se debe, indudablemente, a sus obras hospitalarias y asistenciales.

En menor medida, pero con obras caritativas de consideración, la Orden Militar y Hospitalaria de San Lázaro sostiene desde los primeros años del siglo XX, una lucha contra la lepra, digna de mayor encomio. A este tradicional objetivo, heredado de los tiempos fundacionales, la Orden ha añadido el propósito decidido de ayudar, con sus medios en ciertos países nada despreciables, a combatir el SIDA.

Después de la caída del muro de Berlín, las importantes donaciones distribuidas en forma de alimentos, ropa y medicinas en Polonia, Hungría, Rumania y Croacia hablan por sí mismas de la actividad humanitaria de la Orden y justifican la concesión del Premio Juan XXIII, con el que se ha galardonado la labor caritativa lazará. También el continente negro e Hispanoamérica han constituido objetivos para esta actuación tan significativa. El Cuerpo de Voluntarios de San Lázaro, con sus asociaciones nacionales, mantiene vivo el espíritu hospitalario de los tiempos de las cruzadas cuando las leproserías o lazaretos pertenecientes a la Orden contribuyeron enormemente al avance de las ciencias médicas.

A la Orden de San Lázaro se le atribuye una fundación espuria a principios del siglo XX, ignorando su rica historia. Nada más lejano de la realidad. Para la Religión de San Lázaro, el siglo XX comienza con una realidad poco atractiva; la orden mermada de efectivos por la vorágine revolucionaria y el Imperio, subsiste gracias a unos pocos caballeros que se mantienen fieles al ideal caballeresco de los primeros tiempos, sus nombres han quedado grabados en la memoria lazará: el canónigo Tanski, el conde Paul Poudenx, el vizconde Boisbaudry, el Príncipe de Itúrbide, el barón Constancin, son los herederos de una rica y compleja historia que continúa su andadura pese a la orfandad de liderazgo en la que viven.

El Consejo, encabezado por el marqués de Autichamp, comprende entonces que la única alternativa factible es que la religión recupere su antiguo carácter y la naturaleza capitular que tuvo antaño. Jean Louis de Beaumont, marqués de Autichamp, es un fiel realista que a los noventa y dos años va a defender el Louvre del asalto de las turbas revolucionarias. Creado caballero en 1783, es un

devoto de los Borbones y un enemigo acérrimo de la dinastía usurpadora. En su familia se perpetuará un legitimismo heroico que llevará a su sobrino a intentar un levantamiento popular y campesino contra la monarquía burguesa de Luis Felipe.

Abandonada por sus protectores tradicionales (los Jefes de la Casa de Borbón) que desde aquella habían mostrado escaso interés por la orden, por considerarla ajena a su patrimonio ecuestre, esta ha sido gobernada por un Consejo de Oficiales durante buena parte del XIX y alcanza el nuevo siglo sin un claro proyecto de futuro.

Hemos de entender que forzada por la adversidad, ha vivido replegada sobre sí misma y ha generado un instinto admirable de supervivencia. Sobrevivir a la fatalidad ha sido la principal preocupación de los lazaristas. Su esfuerzo denodado, resistir a la extinción por consunción, como en los tiempos de San Juan de Acre. Y de esta cruel lucha contra el desaliento y el desamparo, la religión ha quedado exhausta.

Bien es cierto que durante este período (en 1841) y gracias a las gestiones del Arzobispo de Myra, la religión de la Cruz Verde se ha puesto bajo el protectorado espiritual de Máximos III Mazloum, Patriarca Melquita de Jerusalén, que asume en aquel momento prácticamente los poderes del Gran Magisterio, pero la lejanía física entre París, donde se encuentran la mayoría de los caballeros y Damasco, su lugar de residencia habitual, repercute negativamente en la administración cotidiana de los asuntos lazaristas.

Esta atípica situación se prolongaría con los sucesores de Máximos III en el trono patriarcal, de tal manera que el protectorado se ejerce de manera puramente nominal, salvo esporádicos contactos. No obstante lo dicho, la orden lleva a cabo con discreción inusitada algunas iniciativas caritativas importantes como la creación en Túnez en 1880 de la Asociación Benéfica de la Cruz Verde o la ayuda a las obras hospitalarias del Patriarcado armenio, amén de servir, según su propia tradición, de mediador privilegiado entre las autoridades coloniales francesas y las iglesias orientales en los más diversos y exóticos escenarios. En 1865, muere en Larnaca, víctima del cólera que se ha encargado combatir en nombre de la orden, el caballero Mesnil de Maricourt.

Se accede por tanto, al nuevo siglo, con escasos recursos y un cierto espíritu de fracaso, originado en parte por la renuncia a las ideas que hicieron posible el Antiguo Régimen. La orden en 1900, es una pequeña agrupación de nobles y ancianos caballeros, fieles a la tradición y a una serie de valores en franca decadencia. Así que cuando en el horizonte aparecieron voces más jóvenes que expusieron sus planes de expansión para la religión, a nadie se le ocurrió oponerse. Máxime cuando el Patriarca reinante Cirilo VIII, con buen criterio, decidió restablecer la Cancillería en París.

En 1910, el Consejo se renueva con los nombramientos de Canciller, que recae en Paul Watrin; el de Juez de Armas, dignidad para la que se elige a Paul Bugnot y el de Capellán, que desempeñará el canónigo Tanski hasta 1913 (año de su fallecimiento) una figura histórica que había ingresado en 1863 y en el pasado había sido uno de los interlocutores de la orden con el Patriarcado. De todos ellos el Canciller, Paul Watrin (1876-1950) antiguo oficial del ejército

pontificio, presidente de la Sociedad Francesa de Arqueología desde 1907, se había destacado como un extraordinario teórico del movimiento tradicionalista galo. Ya en 1911 sería uno de los fundadores de la efímera Unión Francesa, partido político ultraconservador. De él puede decirse que renovó los lazos existentes entre la religión de la cruz verde y el legitimismo.

En 1916, publicaría un texto fundamental *La tradición monárquica*, que sirvió para proveer de una solidez doctrinal incontestable a los partidarios de los Borbones de España, don Jaime de Borbón y Borbón (Jacques I) y de su tío, don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este (Charles XII) como Jefes de la Casa de Francia, al rechazar la renuncia al trono de Felipe de Anjou (Felipe V de España) como contraria a la tradición e impuesta por el Tratado de Utrecht. Sus tesis resultaron demoledoras frente a aquellos que defendían las pretensiones de los Orléans, demostrando el mejor derecho de la rama española de los Borbones. En 1930 sería recompensado por don Jaime con la orden de la Lys o de la Fidelidad, reconociendo así públicamente los desvelos por la causa de la legitimidad, de quien, sin duda, era el más firme adalid del lazarismo.

No es despreciable este dato, ya que con frecuencia, se repite hasta la saciedad que la milicia de San Lázaro se había dejado extinguir ya en el reinado de Luis XVIII, por la voluntad de su Protector y antiguo Gran Maestro. Se trata de una interpretación interesada de un texto legal en el que se deja en suspenso a la orden de Nuestra Señora de Monte Carmelo, al no volverse a conferir más.

Reunida a San Lázaro (que no *unida*) por la genial intuición de Enrique IV, creador de esa fórmula para salvar a la religión de la Cruz Verde de la abolición papal, la orden de Nuestra Señora de Monte Carmelo nada tenía en común con San Lázaro, excepto servir admirablemente como protección ante las inclemencias vaticanas.

Esta de Luis XVIII es una de las muchas y pretendidas supresiones del hospital, ya que los enemigos de la continuidad histórica de la Orden Militar y Hospitalaria de San Lázaro de Jerusalén, argumentan que fue abolida por la Revolución en 1791, por la Restauración en 1814, por la Carta Constitucional de 1830 y finalmente por el rey Luis Felipe en 1831. Demasiadas supresiones para una orden que sigue recibiendo caballeros en esas fechas fatídicas y entre 1831 y 1910, año en que según los detractores de su milagrosa existencia, un judío converso de apellido Moser se inventa un remedo de la milicia lazarista histórica, nacida de su imaginación y sin ninguna conexión con el hospital. Pese a ello, nadie parece reparar en que difícilmente se entiende que uno de los sucesores de Luis XVIII, el *rey de derecho* Jacques I, a la sazón Jefe de la Casa Real de Borbón, premiase con una significativa distinción de su propio patrimonio, a quien pasaba por ser valedor de una orden abolida.

Watrin, fue enemigo declarado del tal barón de Moser de Vega (título ficticio) caballero de la Orden del Santo Sepulcro, que por aquel entonces y aprovechando el relanzamiento de la orden, había legalizado un Capítulo de Caballeros Hospitalarios de San Lázaro de Jerusalén y Nuestra Señora de la Merced, sin vínculo alguno con la Asociación Nobiliaria de Caballeros de San Lázaro (nombre legal adoptado por la caballería lazarista) para su propio y exclusivo beneficio. No le faltaba razón ya que el tráfico de dichas preesas se

había convertido en la única razón de ser del Capítulo de Moser. Lo cierto es que algunos caballeros de dicha organización, ingresaron después en la religión, convirtiéndose con el transcurso del tiempo, en dignidades de la misma.

En esos primeros años del siglo y salvo la anécdota de Moser, el Canciller pudo desplegar, sin trabas artificiales, toda su actividad, que era ingente en aquellos momentos, en pro de la Orden de San Lázaro de Jerusalén y de la Causa Monárquica, dedicando a ambos objetivos, su fértil acervo erudito sin contradicción alguna. La impronta de Watrin quedó fijada por su desapego de las mundanas vanidades, pues deseaba para el hospital de San Lázaro, que la orden se caracterizase por su decidida acción social caritativa, desterrando de sí la afectación artificiosa, propia de algunas dudosas organizaciones a las que ridiculizaba sin piedad.

Otro de los oficiales de este período, el Juez de Armas Paul Bugnot, muy discutido por las insidias de ciertos autores¹ ya que ejercía profesionalmente de representante de algunos reyes de armas españoles y como heraldista él mismo, escribió una historia de la orden² que contribuyó a combatir eficazmente a quienes sostenían la patraña de su extinción. La Primera Guerra Mundial (1914-1918) supuso un parón considerable en las recobradas actividades lazaristas y la desaparición de los archivos patriarcales en manos de los turcos.

Cuando en Marzo de 1919, se elige un nuevo Patriarca en la persona de Demetrios I Cadi, el Protector nombra Capellán al canónigo Pierracini y el marqués de l'Église de Ferrier de Félix, sustituye a Bugnot como Juez de Armas. Watrin que se mantiene como Canciller, presenta el hecho como una elección capitular de los propios lazaristas, pero en su fuero interno entiende que el Patriarca se ha excedido en sus atribuciones como Protector. El Patriarca Demetrios muere en 1925 y su sucesor Cyril IX Mogabgab, envía su bendición a todos los caballeros de la orden recordando *su carácter misionero conforme a las tradiciones jerosolimitanas* y animando al proselitismo entre religiosos y seglares. Siguiendo el objetivo que ha marcado el Protector Espiritual, los años siguientes conocen una inusitada afiliación de nuevos caballeros, significadamente en Francia, España y Polonia. En 1926, es el propio Consejo de Oficiales quien nombra a Charles Otzenberger como Greffier y al archimandrita Arsésene Attié como nuevo Limosnero, sin duda para señalar su plena autoridad e independencia del Patriarcado.

El nombramiento de Otzenberger tendrá grandes consecuencias para el futuro del hospital. Otzenberger es un hombre hecho a sí mismo, con grandes dotes comerciales, simpatía nada común y un cierto prurito de arrogancia social que

¹ El Conde Enrique Carlos Zeininger de Borja, que en algunos círculos pasa por confidente y consejero de Alfonso XIII, le atacó sin pruebas en su artículo, *L'ordre de Saint-Lazare*. Hidalguía, num.3. Madrid. También Villarreal de Álava hace lo propio en la misma revista (nums. 1 y 3) en sus artículos, Las falsas ordenes de Caballería, nada rigurosos, que se sustentan en un cúmulo de maledicencias calumniosas y anécdotas indemostrables.

² Paul Bugnot. *Les chevaliers de Saint Lazare*. París. 1913.

le llevará a ostentar un título de nobleza (el de conde de Otzenberger-Detaille) de incierto origen montenegrino³.

Casado con una sobrina del pintor Detaille, ha cambiado su apellido por el de Otzenberger-Detaille, para añadir un poco de gloria a una genealogía nada barroca. Por su influencia, en 1927, ingresan en la Orden, un sepulcrista, Maurice Dreux y un oficial jurídico de la Marina mercante, Paul Bertrand, escritor y publicista, que al poco publica una pequeña historia de la religión, en la revista *La Science Historique*⁴.

El director de la publicación, que no es otro que el canciller Watrin, envía un ejemplar al Vaticano, donde todavía se recuerda su pasado de soldado pontificio y se leen sus encendidos artículos legitimistas y ultracatólicos, e inmediatamente después, el Papa Pío XI contesta con su bendición apostólica para San Lázaro, a espaldas de sus precavidos asesores. Es el primer éxito del Hospital de la Cruz Verde sobre una curia no siempre complaciente, para quienes la orden se hallaba abolida como consecuencia de la Bula de Inocencio VIII, *Cum solerti* de 5 de abril 1489, por la que se ordenó *la extinción y supresión* de las *ordenes de San Lázaro y del Santo Sepulcro* y la anexión de sus encomiendas y bienes a la orden de San Juan de Jerusalén, desdeñando el hecho histórico de que los reyes galos no quisieron aceptar la dicha extinción de las encomiendas lazaristas en su reino y su anexión a la orden de San Juan.

En 1928, Paul Bertrand, caballero de la orden hermana de San Juan, reemplaza a l'Eglise como Juez de Armas, al ser elegido el primero, Presidente de la Asociación francesa de la Orden. El 17 de Diciembre de 1928, habiendo fallecido algunos ancianos lazaristas que habían ingresado en la segunda mitad del XIX, son ocho los caballeros que celebran el día de San Lázaro en París.

En 1929, el canciller reescribe los antiguos estatutos, desaprobando los derroteros de jactancia y trivialidad por los que discurría el devenir cotidiano del hospital, lo que motiva una escisión en el seno del lazarismo que encumbra a Otzenberger de manera definitiva. Monárquico hasta la médula, Watrin, sin embargo, defiende la autonomía de la orden frente a cualquier poder temporal. Es él quien introduce en el vocabulario lazarista el término de *soberanía* por señalar la separación existente entre la milicia y la autoridad real. Una orden nacida en las cruzadas no puede supeditarse a intereses nacionales o dinásticos. La verdad es que su intolerancia doctrinal le confina a quedarse con unos pocos leales en una organización paralela, con una sola clase de caballeros, que fustigará con saña la rama de Otzenberger, al que acusará más tarde, desde su revista, de colaboracionismo con el invasor nazi. Las dos ramas volverán a unirse en 1940.

Puede decirse que Watrin ejerció por varios años de cualificado referente intelectual, pero el hospital discurría por otros derroteros y lamentablemente

³ Colocci afirma en un artículo publicado en *La Vie Chevaleresque* en 1936, que el título condal de Otzenberger procedía de unos diplomas, firmados en blanco por el rey Nicolás de Montenegro y vendidos, a la muerte del monarca, por su antiguo ministro J.Plamenats.

⁴ Paul Bertrand de la Grassière, *Histoire des chevaliers hospitaliers de Saint Lazare*, París, 1932.

fue apartado de la cancillería por un Otzenberger que ya se había propuesto recuperar para la milicia lazarista la figura de un Gran Maestro, siguiendo al pie de la letra las propias enseñanzas del expulsado.

Si los lazaristas del XIX, aseguraron la plena independencia de la orden, recuperando su autonomía de la Corona de Francia, como en los tiempos heroicos de las cruzadas, Otzenberger sabe que el futuro de la Cruz Verde está en los Borbones. Según sus reglamentos y normas medievales cualquier caballero puede ser elegido Gran Maestro. Así fue en el pasado más remoto. Pero el período de predominio de príncipes vinculados a la Casa Real de Francia está demasiado cercano. Si en algún momento pensó en una solución con los Orléans a la cabeza del hospital, la atenta lectura de Watrin, le ha disuadido. La orden de San Lázaro de Jerusalén, Belén y Nazareth no puede acudir al abrigo de una estirpe de perjuros y usurpadores, descendientes todos ellos de un regicida. Desvinculada por la fuerza de las circunstancias de los reyes de Francia, con una vida independiente que dura casi un siglo, será la propia orden la que busque su protección. En los Borbones de España, está la continuidad legítima del Trono francés y por tanto, el hospital debe encaminarse, sin más dilaciones, a conseguir alguna clase de tutela que garantice su futuro, puesto en solfa, por sus enemigos.

Para ello cuenta con el Gran Baylío de la orden en España, el teniente coronel don Francisco de Borbón y de la Torre, Duque de Sevilla, un verdadero príncipe de la Sangre, descendiente por línea directa y agnada de Luis XIV. La elección de Otzenberger no es despreciable ni ociosa, don Francisco de Borbón es un Borbón-Sevilla, la rama de los Borbones españoles más vinculada a Francia e hijo de un Teniente General, héroe de la guerra de Cuba, que se ha proclamado por dos veces, nada menos, Duque de Anjou, esto es pretendiente al trono de San Luis. En 1930, y luego de arduas conversaciones, el Duque de Sevilla acepta su nombramiento como Lugarteniente General de la religión, con el secreto propósito de ponerla bajo la protección de la Corona de España.

Tradicionalmente, los historiadores de la orden han interpretado el hecho de la proclamación del Duque de Sevilla como Lugarteniente General, como un paso previo para su elección como Gran Maestro. Pero lo cierto es que ni los protagonistas sabían que se iban a proponer otros nombres. El proceso va a ser largo, ya que durará cinco años. Pese a que el Duque de Sevilla entiende la jefatura de San Lázaro como un deber familiar, impuesto por la tradición, cree servir mejor los intereses lazaristas acudiendo a la Familia Real española. La proclamación de la República en España (y el consiguiente exilio de Alfonso XIII) va a entorpecer de alguna forma los planes de don Francisco.

Otzenberger, ayudado por Paul Bertrand, comienza, desde la aceptación de don Francisco de Borbón de la Lugartenencia General, una intensa relación con el príncipe español, desplegando todos los recursos a su alcance que culminan en una cena, dada en honor de los Duques de Sevilla y sus hijos, en el Hotel Jena de París, en 1933, de gran trascendencia para los acontecimientos que seguidamente se iban a producir.⁵

⁵ Ver *La Vie Chevaleresque*, 1^o juillet, 1933. Paris

Es allí donde se establece una primera estrategia para proveer en persona de sangre real la vacante del Gran Magisterio. Es allí donde don Francisco de Borbón se compromete a gestionar ante don Alfonso XIII, su primo y rey, el unánime deseo de los caballeros de restaurar el Gran Magisterio y como en otras épocas, que la jefatura suprema de la religión recaiga en un Borbón.

Preocupado por las críticas a la vigencia de la orden que se hacen desde algunos círculos, Otzenberger incorpora a las conversaciones con el Duque de Sevilla, a Jean des Courtils de Bessy, séptimo comendador hereditario de la Encomienda de la Motte des Courtils, establecida el 14 de diciembre de 1702, para asegurar precisamente *en todo tiempo* la continuidad fidedigna de la religión. Nacido en 1871, el comendador formará parte del Capítulo General que restablecerá el Gran Maestrazgo el 15 de diciembre de 1935.

A él se debe una más que rotunda afirmación: *Nuestra Encomienda Hereditaria es una de las instituciones históricas de la Orden que han contribuido a su continuidad hasta nuestros días*⁶... ya que su existencia y su testimonio contradicen a los adversarios de la milagrosa permanencia en el tiempo de la orden. Debe recordarse a este respecto, como ya se escribió en su momento⁷ que en caso de dispersión o disolución del hospital, cualquier comendador hereditario tiene el derecho y la obligación jurídica de salvaguardar la milicia de los pobres leprosos, *para siempre jamás*, esto es a perpetuidad, tal como se especifica en las cartas de creación de las antiguas Encomiendas, suprimidas por Luis XIV (contraviniendo las constituciones) y restablecidas por Luis XVIII, en su exilio de Mitau.

En consecuencia, la sola presencia del comendador des Courtils (demostrando la transmisión hereditaria de la encomienda lazarista de agnado en agnado) acallaba las críticas de quienes se empeñaban en las tesis de la desaparición de la orden en 1831 y representaba un indudable marchamo de autenticidad ante el príncipe español.

Son varios los autores⁸ que se refieren al vano intento de acercar al hospital a la Casa Real española, llegando a barajar la proclamación del Príncipe de Asturias como Gran Mestre, a instancias del propio Duque de Sevilla, que así lo propuso al rey, negándose este, ya que no deseaba enfrentamiento alguno con el Vaticano, por aquel entonces predispuesto en contra de una religión que consideraba abolida.

Tampoco prosperó la candidatura del Infante don Jaime, quizá por las mismas razones o por otras, asociadas a su minusvalía. Ante la imposibilidad de contar con un Infante para la suprema magistratura de la orden, el Duque de Sevilla se

⁶ Ver *L'Ordre Militaire et Hospitalier de Saint-Lazare de Jérusalem et ses prétendues suppressions*. Soissons, 1964

⁷ Ver José María de Montells. *Historia apasionada de la Religión de San Lázaro*, Lanzun, 2003.

⁸ Zeininger de Borja en el artículo mencionado más arriba; Manuel Rodríguez de Maribona, en su ponencia del I Congreso de Estudios Históricos de la Orden (ver *Actas*, Academia de Genealogía, Nobleza y Armas Alfonso XIII, Madrid, 2003); José María de Montells, en el libro ya citado, *Historia apasionada de la Religión de San Lázaro*. También Stephen Friar en su *A new dictionary of heraldry*, Alphabooks, London, 1987.

resigna a desempeñar la dignidad de Gran Maestro, no sin antes asegurarse la aprobación de su primo, el rey⁹.

El exiliado Alfonso XIII, ducho como pocos en la historia de su Casa y Familia y de la vinculación del hospital a los Capetos, artífices de su supervivencia, dio su consentimiento al nombramiento del propio Duque de Sevilla como Gran Maestro, en 1935. Con su regia anuencia, se iba a recobrar, nominalmente al menos, la protección de los Cristianísimos sobre el hospital, ya que al año siguiente, don Alfonso XIII, por estricta aplicación de las leyes de primogenitura, sería proclamado *rey de derecho* de Francia y Jefe de la Casa Real de Borbón, al morir en accidente de tráfico, su tío, el anciano don Alfonso Carlos.

Otzenberger, que había sido el verdadero inspirador del nuevo dinamismo de la milicia lazarista, muy escrupuloso en el respeto a las reglas tradicionales, fue quien preparó junto a Bertrand, la reunión de un Capítulo General en la Iglesia de Nuestra Señora de las Misiones de Epinay para elegir el nuevo Gran Maestro. El 15 de diciembre de 1935, los caballeros eligieron al príncipe don Francisco de Borbón, Duque de Sevilla, nuevo Jefe Supremo de la religión y a su hijo, de igual nombre, Coadjutor con derecho a la sucesión. El día 17, festividad de San Lázaro, fueron solemnemente proclamados.

Entre los electores, presentes en Epinay o representados, están los más significativos caballeros del hospital del momento: el príncipe de Bauffremont-Courtenay, el marqués de Migré, el marqués de Lanconi, el duque de Clermont-Tonnerre, el superior general de la Orden Tercera de San Francisco, el presidente de la República de Honduras, el duque de Santa Elena, el príncipe de Faucigny-Lucinge, el conde de Mirasol, el marqués de Squilache, el príncipe Federico de Hohenzollern-Sigmaringen, el duque de San Fernando Luis, el marqués de Casa Real, el marqués de Santa Lucía de Cochan, el conde de Riudoms, el príncipe de Polignac, el marqués de Casa Peñalver, el marqués de Cárdenas de Montehermoso, el marqués de la Vega de Retortillo, el marqués de Hazas, el vizconde de Bermejillo, el marqués de Falces, el general Weygand, el conde Xavier Gavelle de Roany, el Rey de Armas de Su Majestad Católica don Gonzalo Lavín del Noval, el duque Georges de Mecklembourg, el marqués Colocci-Vespucci, el conde de la Florida, el Teniente General Borbón Castellví, entre otros muchos, que formaban en las filas lazaristas desde la incorporación de don Francisco de Borbón a las tareas de la Lugartenencia General, ya que si Otzenberger fue el estratega providencial de una renovación de la orden que la iba a hurtar de su postración decimonónica; el Duque de Sevilla, actuó de fiel catalizador, reuniendo en torno a sí, a lo más granado de la nobleza europea de su tiempo.

⁹ Pese a la opinión en contra de Zeininger y de algunos de sus acólitos (que silencian el episodio) la aquiescencia de Alfonso XIII para que un miembro relevante de su familia, su primo segundo, don Francisco de Borbón y de la Torre, aceptase el Gran Magisterio de la religión de San Lázaro, siguiendo la tradición de los Reyes de Francia que nombraban Gran Maestro entre los miembros de su Casa y Familia, representaba en la práctica, el tácito reconocimiento de la legitimidad de la orden.

De 1935 a 1940 son varios los reyes que ingresan en la religión¹⁰ y también algunos Jefes de Estado¹¹ que contribuyen en sus respectivos países a que la orden asuma una posición oficial. Otzenberger no se había equivocado al apostar por un príncipe de la Casa de Borbón, para Gran Maestre de un San Lázaro regenerado. Que la Orden haya sido sometida, en nuestros días, a la dura prueba de una dolorosa escisión facilitó enormemente la labor de sus detractores, nada dispuestos a reconocer la permanencia en el tiempo, de una orden de caballería independiente de la Corona de Francia, después de la extinción decretada por la Revolución Francesa y sobretodo, de los convulsos reinados de Luis XVIII y de Carlos X, hasta el punto de que lo que era una conspiración fomentada por otras organizaciones afines, temerosas de que el Hospital y la Milicia de San Lázaro reclamase ante los tribunales unos bienes históricamente suyos, ha tomado carta de naturaleza entre personas de cierta formación nobiliarista que inexplicablemente le niegan el pan y la sal.

Tal proceder denota o una mala fe inconcebible entre quienes, teóricamente al menos, debieran atenerse al dato objetivo o una ignorancia realmente supina, rayana en la estulticia más abyecta. Porque no deben conocer que la orden tiene por origen cierto el lazareto, que situado extramuros de Jerusalén, recogía a los caballeros de las otras órdenes que habían contraído el terrible mal de la lepra, frecuente en la Palestina de las Cruzadas. La necesidad de defender este hospital de las incursiones de los infieles, promovió su conversión en orden militar y religiosa, puesta bajo la regla de San Basilio. Durante la existencia del reino latino de Jerusalén, conocerá la orden un largo período de expansión que culminará en el reinado del rey leproso, Balduino IV, de quién se dice le concediera como símbolo la cruz verde. Gozaron entonces los caballeros de San Lázaro de la máxima estima y consideración, obteniendo de los reyes cristianos privilegios, rentas, bienes y ricas tierras.

Con la elección de un Borbón español, volvía el Hospital a donde solía. Independiente durante un gran período de su historia para sobrevivir frente a sus poderosos enemigos, había aceptado la protección de la Casa de Borbón de Francia y después de un largo paréntesis de desorientación y oscuridad había encontrado en un descendiente de Luis XIV, el Príncipe que necesitaba.

En 1940, se reconoce a San Lázaro como institución oficial de utilidad pública, refrendada tiempo después, en 1946, por un decreto en el que se confiaba a la orden, la asistencia social a las familias de enfermos de lepra, y la creación de un Día de San Lázaro, para allegar fondos con que realizar sus fines de auxilio a los familiares de leproso, por lo común pertenecientes a sectores económicamente débiles.

Tras la victoria aliada, el Gran Maestre nombró un Administrador General de la Orden en la persona del príncipe de Bearn y dictó unos nuevos reglamentos que vendrían a regir la orden durante casi todo el siglo XX. A la muerte del 44º Gran

¹⁰ Los reyes de Bulgaria (SSMM Boris y Simeón); los reyes Carol y Miguel de Rumania; el rey Zogú I de Albania.

¹¹ El Jefe del Estado español, los presidentes de Portugal, Honduras, Haití, Cuba, Bolivia, Brasil y República Dominicana

Maestre, acaecida en 1952, el Hospital de los pobres leprosos estaba en una inmejorable posición para recuperar el esplendor de los tiempos de antaño.

Sucedió en el magisterio, primero como Lugarteniente General y luego como 45º Gran Maestre aquende y allende los mares, en 1959, su hijo don Francisco de Borbón y Borbón, que había sido Coadjutor en tiempos de su padre. Dedicado por completo a su profesión militar, don Francisco nombró un nuevo Administrador residente en París, el duque de Brissac, quién actuaría en la práctica, con una altiva e injustificable independencia que motivaría más tarde un distanciamiento personal entre ambos. Las diferencias se dirimieron en un enfrentamiento mucho más grave, que puso a la Orden al borde de la escisión y derivaría en la elección ilegal por un grupo de caballeros franceses del duque de Nemours como 46º Gran Maestre.

Pese a ello, don Francisco de Borbón aceptó la situación, quedando como Gran Maestre Emérito y Gran Prior autónomo de España. Sus desvelos no evitaron la definitiva escisión del grupo de Brissac que, con la excusa de la creación por Nemours de la lengua inglesa de la Orden, se hizo elegir 47º Jefe Supremo.

Naturalmente Nemours rechazó esta intriga y con ayuda del barón de Lochore, el coronel Gayre, Gran Refrendario de la Orden, trasladó su administración a la isla de Malta, por lo que la rama legítima comenzó a denominarse obediencia de Malta.

Fallecido Nemours en 1970, la rama legítima (reunido en Malta, el Consejo Supremo) eligió a don Francisco de Borbón y Borbón como 47º Gran Maestre, en 1973.

Don Francisco retomaba el supremo magisterio, con un cisma interno que no había provocado y que iba a constituirse en un grave problema para la vida de la Orden. A raíz de su renovado acceso al Gran Maestrazgo, tuvo a bien don Francisco, como una muestra más de su desbordante generosidad, renunciar a sus derechos sucesorios al ducado de Sevilla, cediéndolos a su hijo primogénito, don Francisco de Borbón y Escasany, que desde aquella lo ostenta con singular acierto y discreción.

La segunda elección para la suprema magistratura de la Orden de don Francisco de Borbón y de Borbón, coincidió casi, con los ataques más virulentos a la legitimidad de San Lázaro por parte de la prestigiosa revista Hidalguía y del Marqués de Villarreal de Alava, empeñados en una cruzada de descrédito, animada quizá por oscuros intereses cercanos a la curia romana. Sus afanes por la reunificación de las dos obediencias no se vieron secundados por la facción de Brissac. Tampoco tuvo suerte con algún íntimo colaborador que utilizó su alta posición en beneficio propio. Tuvo también la inmensa tristeza de vivir el vil asesinato de un caballero de la Orden, cuando las balas mercenarias de ETA, segaban la vida del general Hernández Rovira, lazarista de pro. Sin embargo y pese a estas amarguras, su ánimo no desmayó nunca y su figura se agiganta con el paso del tiempo.

El Hospital de los pobres leprosos conoció en esta larga época (1973-1995) un espléndido período de realizaciones que supera con mucho lo que se puede pedir a una entidad privada con recursos limitados, de carácter nobiliario y caballeresco, dedicada a labores asistenciales y caritativas.

Tanto la llamada obediencia de París como la de Malta, impulsaron la creación de cuerpos de ambulancias dependientes de San Lázaro en Austria, Alemania, Alsacia, Irlanda, Escocia, Finlandia y otros países. África e Hispanoamérica, han conocido el establecimiento de dispensarios asistenciales de la orden, contra la lepra y la drogadicción y últimamente contra el SIDA, cumpliendo los objetivos prioritarios que se definieron en una reunión en Morella en 1991, para celebrar el setecientos aniversario de la Orden en España.

A México, Nicaragua, Panamá, Colombia, Argentina, Paraguay y tras la caída del telón de acero, a Hungría, Eslovenia, Chequia y Rumania, se ha extendido así mismo la red de asistencia lazará. La obediencia legítima inauguró la sede internacional de la orden en el castillo de Lanzun, en Malta, en el curso de una brillante ceremonia, a la que asistió el Gran Maestre, el Príncipe de Lippe, el Jefe de la Casa Real de Georgia y una larga etcétera de grandes personalidades.

En 1980, se produjo un nuevo reconocimiento oficial en España y, en 1984, una vez erigida en asociación canónica, el cardenal primado aceptó el protectorado espiritual de la Orden, en nuestra Patria. En 1986, algunas jurisdicciones de habla inglesa se pasaron a la obediencia de París, incluido el Protector espiritual, Máximos V, Patriarca de Antioquía, como consecuencia de la conspiración de Tzebrikov, Gran Prior de Georgia en el exilio y Gayre, barón de Lochore, para proclamar Gran Maestre a este último, que no llegó a buen término gracias a la actuación del secretariado internacional que asesoraba a don Francisco en Madrid, muy receloso con los evidentes movimientos de Brissac para hacerse con el magisterio de toda la Orden, una vez desposeído el legítimo Gran Maestre, don Francisco de Borbón.

Poco después, en una reunión del Gran Consejo Magistral en Viena en 1988, se fijaron los nuevos compromisos de San Lázaro, renovando la fe en sus propias instituciones legítimas. En diez años, las actividades caritativas se duplicaron, se abrieron orfanatos y centros de salud para ancianos, se financiaron leproserías e instituciones para minusválidos, se enviaron grandes cantidades de medicinas a varios países de la antigua órbita comunista y, se produjeron, en suma, actuaciones sanitarias y asistenciales de gran calado.

En abril de 1995, el delicado estado de salud de don Francisco aconsejó que delegase sus funciones de Gran Maestre, interinamente al menos, en su hijo, el duque de Sevilla, al tiempo que nombraba un Consejo Asesor, compuesto por algunos caballeros de probada lealtad, todos ellos pertenecientes al Gran Priorato de España.

Para tristeza de todos los caballeros lazará, en noviembre de aquel año, don Francisco dio el alma, al sufrir un paro cardíaco. Su funeral, en la iglesia de San Fermín de los Navarros de Madrid, testimonió el hondo pesar que causó su muerte a la gran familia de San Lázaro.

Vacante el Gran Maestrazgo de la obediencia legítima, el Consejo Asesor que había nombrado don Francisco antes de su fallecimiento, tuvo que vencer alguna resistencia por parte del Gran Canciller Reginald Attard, (que más tarde descubrió sus verdaderas intenciones liderando un ridículo grupo que le proclamó Gran Vicario) para que se cumplieran los estatutos y reglamentos de la Orden, con el fin de que, sin más tardanza, se proveyese de modo natural, la más

alta dignidad lazariana. Conseguido su propósito, el mencionado Consejo se autodisolvió.

Fue el 15 de diciembre de 1996, en una reunión en Madrid, en el restaurado salón de actos de la iglesia del Santísimo Cristo de la Fe de la calle de Atocha, a la que asistí sin voz ni voto, donde el Consejo Supremo Internacional eligió 48º Gran Maestro a don Francisco de Borbón y Escasany, V Duque de Sevilla y Grande de España, Príncipe de la Sangre de Francia, siendo refrendado el 6 de octubre de 1996, en Milán por toda la Orden, proclamándole solemne y públicamente, en el transcurso de una brillante ceremonia celebrada en la iglesia de Santa María de la Pasión. Selló la unión del nuevo Gran Maestro con el Gran Priorato de España, la investidura de nuevos caballeros de la Orden, celebrada en la catedral de Sevilla, el 1 de noviembre de 1997.

Nadie mejor que su hijo primogénito podía sustituir al llorado Maestro fallecido; con inmejorables dotes de diplomacia, paciencia y sagacidad, el Duque de Sevilla es, sin duda alguna, la personalidad que necesitaba el Hospital lazariana para afrontar los retos del siglo XXI con garantías de continuidad, progreso y desarrollo.

Desde el momento mismo de tomar posesión, don Francisco de Borbón comprendió que una Orden dividida en dos obediencias es una Orden débil, por lo que se dispuso a negociar con París unas nuevas Constituciones, aceptables para las dos ramas y un calendario para la reunificación, que ha dado ya sus frutos el pasado año de 2006, después de la renuncia del Jefe de la rama francesa, el duque de Brissac y, de algunas reticencias y desencuentros que dieron lugar a la creación ex novo de una sedicente y mínima rama de la orden, bajo el magisterio de un Orleans, falso duque de Anjou.

El 12 de Octubre de 2006, en una reunión en Houston, en EEUU, las dos obediencias desaparecían oficialmente, integrándose en una sola orden de San Lázaro de Jerusalén que tiene, felizmente, por único Gran Maestro a don Francisco de Borbón y Escasany, V duque de Sevilla, elegido por la obediencia francesa, en Toronto ya en el año de 2004. De esta manera, gracias a la admirable perseverancia y el trabajo desarrollado por el duque de Sevilla y la complicidad y buena voluntad del XIII duque de Brissac, finalizó para bien del Hospital, una larga separación entre hermanos.

Para ratificar con hechos la reunificación de las antiguas obediencias, el duque de Sevilla renunció al Gran Maestrazgo en 2008, siendo elegido, en un Capítulo General reunido en Manchester para sustituirle, don Carlos Gereda de Borbón, Marqués de Almazán, su primo, como 49 Gran Maestro, felizmente reinante.

